

Peregrinar El Camino Ignaciano

Artigo Publicado na Revista Itaici 126

Por Helen Novaes

Peregrina del Camino Ignaciano

helencpaiva@gmail.com

“Quien recorre este camino debe estar en una continua búsqueda de Dios, con un corazón que no se acomoda y nunca está satisfecho. Esta es una inquietud bella y santa.”

Papa Francisco, *durante el ato de Indulgencia Plenaria a los peregrinos que visitaron los Santuarios de Loyola y Manresa na España en el año Jubilar del Camino Ignaciano en 2015.*



Etapa 19 Camino Ignaciano – Bujaraloz – Foto Helen Novaes

¿Cómo nace el deseo de hacer una peregrinación?

Nace junto con el deseo de realizar cambios y encontrar respuestas. Cambio de dirección, cambio de mentalidad (*metanoia*) así como un deseo de encuentro. Un encuentro capaz de responder de alguna forma nuestro sentido de existencia.

A pesar de las diferentes motivaciones que cada peregrino lleva, e independiente de la creencia, cultura y la época en que viven, lo que parece común a todos es la siempre presente experiencia humana de *echarse a caminar*.

¿Echarse a caminar hacia donde? ¿Para qué?

Hacia un encuentro. ¿Pero un encuentro con qué? ¿O con quién?

Encuentro con uno mismo y con la propia historia y con un “Otro” que se adelanta y viene a nuestro encuentro también como un peregrino.

Peregrinar, es también el deseo de dar una respuesta. Respuesta a una voz interior que pide espacio, que ruega por ampliar nuestra consciencia y capacidad de percibir una presencia mayor que llena de sentido nuestro existir.

Peregrinar es una deliberada apertura para acoger la novedad, un gesto de disposición y disponibilidad para vivir la confianza y la entrega. Es un abrirse para el futuro haciendo memoria de lo que ya se ha vivido estando totalmente atento al presente.

Un camino donde no se ve el fin. Una carretera que se abre ante nosotros hasta donde los ojos no alcanzan más, se configura permanentemente como una metáfora de la vida. Como una jornada de nuestra propia existencia sobre la tierra. Por lo tanto, peregrinar es dar forma externa al recorrido que ya está siendo hecho por adentro.

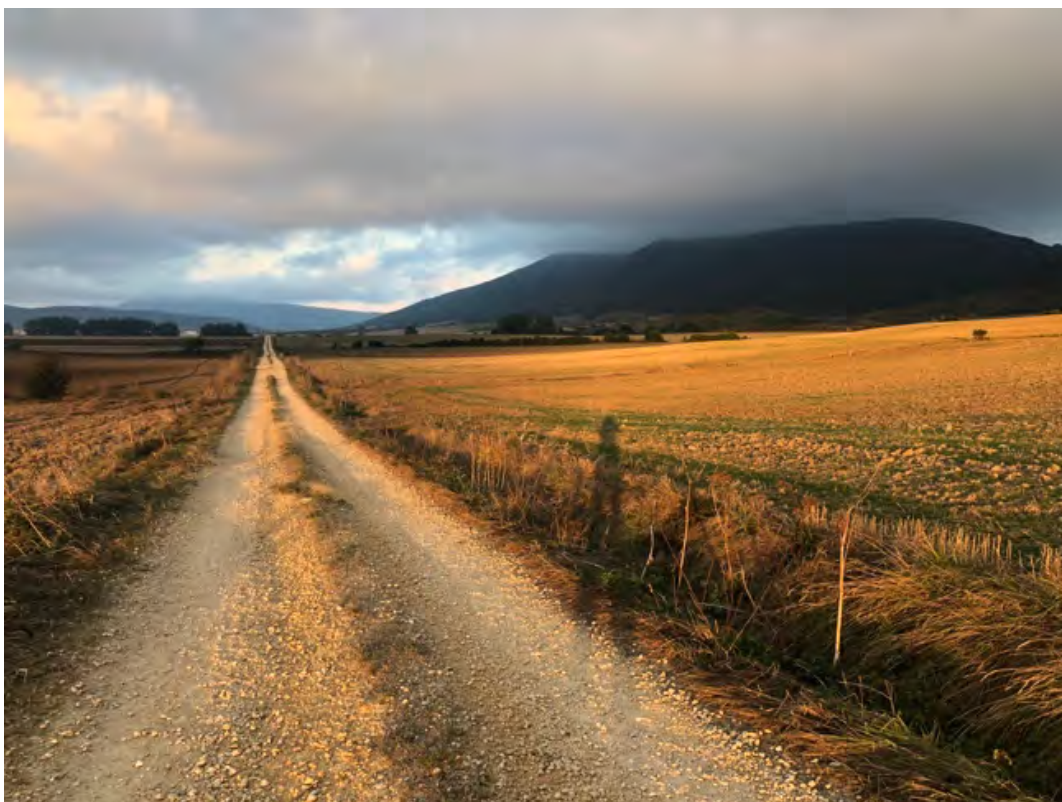


Foto Helen Novaes - Etapa 5 Camino Ignaciano – Valle de Arana

Peregrinar con Ignacio de Loyola.

En 2018 a pie, sola y celebrando mis 50 años de vida, mi corazón peregrino finalmente encontró el momento, el lugar y el compañero ideal de camino: Ignacio de Loyola.

Unir simultáneamente el itinerario geográfico que Ignacio recorrió en 1522 y la dinámica de los Ejercicios Espirituales de 30 días fue desafiante, pero me trajo la posibilidad de convivir con dos épocas distintas: la actual y aquella en la que Ignacio vivió. Fue posible dialogar ora con el pasado, ora con el presente e ir descubriendo sobre cómo el mundo fue transformándose en una clara analogía, observar las transformaciones que también ocurrieron en mí a lo largo de mi propia existencia.

Es común que durante el camino broten de la memoria recuerdos muy antiguos aparentemente olvidados. Me sorprendió recordar algunos sueños juveniles, ímpetus y aspiraciones que cultivé por un tiempo, pero que en determinada etapa de mi vida fueron abandonados, olvidados o renegados. En el ritmo de los pasos que suenan por el camino; las memorias del pasado, la realidad presente y las expectativas del futuro, parecen reunirse en un único momento: es “Kairós”. Se rompe la ilusión cronológica que tenemos de la vida y se desvela una nueva dimensión donde en un mismo espacio de tiempo conseguimos reunir todo que fuimos, somos y queremos ser. Es común que esta súbita claridad nos visite mientras caminamos.

Indudablemente, además de esta claridad, uno de los más preciosos regalos que una peregrinación nos brinda es la posibilidad de vivir y saborear dos de los bienes más escasos de la actualidad: Tiempo y Silencio.

Caminar sola, pero no en soledad. Peregrinar es disfrutar de una soledad poblada de presencias y San Ignacio es una de estas presencias que nos acompaña como un guía y también el autor del camino, sin embargo, como en los EEs, él nos sirve solamente como un itinerario, una referencia para que hagamos nuestro propio camino. La experiencia de Ignacio es irreplicable, pero nos abre la posibilidad de hacer nosotros mismos nuestra propia experiencia de Dios. En este sentido, el camino que él recorrió es solamente el soporte, el sendero que funciona como mediador para una experiencia de Dios siempre nueva y personal.

El Itinerario Geográfico Externo y el Interno.



Foto Helen Novaes Etapa 2 – Monte Arriurdin (1.273 m)

El Camino Ignaciano posee aproximadamente 650 kilómetros, fue recreado alrededor de 2010 por un grupo de laicos y jesuitas incentivados pela Compañía de Jesús con el objetivo de promover la conmemoración del quinto centenario Ignaciano en 2022. Tiene inicio en la casa palacio de los Loyolas en Azpeitia en País Vasco, donde el santo todavía conocido como Iñigo López de Loyola tras una larga convalecencia de una grave herida de guerra, decidió cambiar la dirección de su trayectoria personal dejando para hacia atrás antiguos sueños y partiendo para una peregrinación con destino a Jerusalén.

Usando las palabras de otro peregrino, hacer el **Camino Ignaciano** es como poner “*carne al espíritu*”, o mejor dicho, es experimentar la espiritualidad ignaciana en forma física, a través del encuentro con la historia y los lugares significativos para esa espiritualidad.

Las primeras etapas del Camino tienen inicio en los amplios espacios y horizontes que recorren los montes de Euskadi (País Vasco), pero la etapa final termina en la cueva de tamaño diminuto localizada en la ciudad de Manresa (Cataluña) donde Ignacio permaneció por 11 meses dando inicio a los textos de los EEs.

La aventura por el camino de Ignacio nos lleva tanto metafórica como físicamente de un movimiento de expansión y amplitud, para otro de profundización y buceo por los escondites de nuestra interioridad. Movimiento este muy bien descrito en la clave latina tan usada para ilustrar la dinámica de los EEs: “*Non coerceri a máximo, contineri tamen a mínimo, divinus est*”. Que significa: “Lo divino no es estar limitado por el mayor, pero también estar contenido en el menor”



Etapa 2 – Vista del Monte Arriurdim (1.273 m) – País Vasco



Capilla Cueva de Ignatius – Manresa- Foto Helen Novaes

“Ignacio seguía el Espíritu, no se adelantaba a Él. De este modo, era conducido, serenamente, por donde no sabía. A los pocos, el camino se le abría y lo recorría, sabiamente ignorante, colocando simplemente, su corazón en Cristo” (Nadal, Diálogos nº 1)

Al recorrer el mismo itinerario geográfico que vio el pasaje de aquel peregrino claudicante, creció en mí el espanto y admiración ante el radical cambio que ocurrió en aquel hombre cuñado para ser un caballero de la realeza y que acabó haciéndose un santo cuyo legado continúa actual 500 años tras su muerte.

Cuando recorrió ese camino, Ignacio todavía era Iñigo. Su corazón recién enamorado de Cristo, iba por el camino lleno de preguntas, siguiendo las flechas de su propia intuición. Él fue deshaciéndose de las imágenes que cargaba de sí mismo, de los roles que hasta entonces ejercía, fue dejando la antigua Loyola y sus antiguos relacionamientos y configurando un nuevo hombre y también una nueva relación con Dios y con el mundo. Como Iñigo, también somos llamados a dejar hacia atrás nuestra pequeña “Loyola”.

La casa castillo de los Loyolas es el punto de partida de la Peregrinación, ella ya nos ayuda a reflexionar cómo es difícil abandonar la seguridad del nuestro castillo interior. Salir de detrás de las murallas que nos cercan y nos mantienen seguros para aventurarnos en un camino incierto no es fácil. Solamente es posible si decidimos realmente escuchar aquella voz interior que nos pide para ampliar espacios. Partir es siempre más decisión que seguridad.

Muchos peregrinos dicen que empezamos a realizar el camino cuando empezamos a soñar con él. No puedo discordar de esto. Las lecciones que recogemos de una peregrinación larga como esta, empiezan así que nasce el deseo de realizarla. Cualquier deseo, sueño, vocación o proyecto solo se concretiza si decididamente ponemos medios para que se realice. Y fue así que siete meses antes de mi partida a España, tuve el ímpetu de levantarme de mi cama, vestir mis zapatillas deportivas y sin ninguna seguridad de lo que exactamente iría hacer, empecé a abandonar mi “Loyola” y fui a caminar los primeros 3 km de mi peregrinación.

“Si alguien quiere cambiar el mundo debe empezar primero por cambiar a si mismo” Ignacio de Loyola

El Camino y los Ejercicios espirituales.



Etapa 17 – Los Monegros / Pina de Ebro.

Los ejercicios espirituales divididos en “cuatro semanas”, corresponden más o menos a las etapas del Camino Ignaciano que está dividido en 27 partes. La primera semana de Loyola a Navarrete; la segunda de Navarrete a Zaragoza; la tercera de Zaragoza a Lleida y la cuarta de Lleida a Manresa. Todo el recorrido pasa por cinco Provincias de España: Euskadi, Navarra, La Rioja, Aragón y Cataluña.

La dureza del camino en Euskadi (País Vasco), con sus paisajes inclinados y difíciles, nos recuerda el desafío de buscar la voluntad de Dios en nuestra historia personal, muchas veces bloqueada en nuestros afectos desordenados. Las llanuras del valle del Ebro y sus orillas verdes nos conducen a aquella felicidad de quien camina al lado del Maestro, en constante aprendizaje. Una vez más, la subida a las tierras altas, áridas y desérticas de Monegros nos invita a entrar en las dificultades de seguir un horizonte marcado por la Cruz que no podemos evitar. Finalmente, de regreso a las tierras fértiles bañadas por el río Segre, encontramos aquella presencia resucitada que nos invita a ir al encuentro del Maestro otra vez en la Galilea.

Durante todo el recorrido no nos falta momentos para comprender y experimentar el “*discernimiento de los espíritus*”, los movimientos internos y estados de ánimo, así como el reto de *Vencer a sí mismo*. La deseada disciplina de la “*Indiferencia Ignaciana*” es experimentada ante las inclemencias del tiempo y los imprevistos que nos hacen pisar de forma literal no fructífero suelo de los Ejercicios Espirituales.



Etapa 14 – Amanecer en Alcalá de Ebro – Foto Helen Novaes

Es cierto que la unión entre esfuerzo físico y espiritual, torna hace aún mas exigente la experiencia del punto de vista emocional en la realización de los Ejercicios Espirituales; pero un alma llena de “*ánimo y generosidad*” (EE 5) fácilmente vence esos obstáculos y “*descansadamente lo puede llevar*” (EE 18). Los frutos cosechados de esta unión de los Ejercicios y Peregrinación profundizan el aprendizaje y permanecen sonando y siendo saboreados internamente para toda la eternidad.

Algunas lecciones del Camino para toda la vida.

“*Caminante, no hay camino. Se hace camino al andar*” Antonio Machado - 1939



Las flechas del camino son como pistas. Discretas señales que llevan a lugares desconocidos. Ellas no traen seguridad. En realidad, cada flecha trae una nueva pregunta sobre dónde vamos a llegar.

Durante todo el camino existe una dinámica particular en la búsqueda y encuentro de cada flecha.

Especialmente en las primeras etapas, cada encuentro con las flechas naranjas es casi como recibir el abrazo de un buen amigo que gentilmente nos sopla en los oídos que no estamos solos y tampoco perdidos.

Esa es la dinámica de la confianza que se va estableciendo durante el trayecto, hasta que percibimos que, aunque lleno de flechas el camino es totalmente desconocido por nosotros.

La preciosa pedagogía del camino va haciéndonos comprender lo que quiso decir el poeta con la frase: “*Caminante, no hay camino, el camino se hace al caminar...*”

El camino de Ignacio fue hecho por preguntas que él fue haciendo a Dios que le “enseñaba *pacientemente como un Maestro enseña a su alumno*”. Por mi vez, fui comprendiendo que las flechas del camino son como la búsqueda existencial que siempre nos mueve en un eterno proceso de aprendizaje. La primera lección del camino fue comprender que lo que me mueve hacia adelante no son las respuestas que busco, sino las preguntas que hago.

La descubierta de lo Extraordinario.

El Camino nos coloca en la perspectiva de la total atención. Trae la descubierta de que vivir el “ahora” es la única verdad que está a nuestro alcance, además de la seguridad de nuestra finitud. Eso hace que pequeños detalles pasen a revelar lo extraordinario que se esconde en lo ordinario de nuestra vida. Se abren todos los sentidos. Los ojos empiezan a ver el milagro de las luces y los colores diversos que componen el amanecer en el camino, el aroma dulce de las uvas listas para la cosecha de los inmensos viñedos de La Rioja llega al olfato como una visita inesperada, el silencio canta constantemente a los oídos una música marcada por el ritmo de los pasos, el viento y el sol abrazan todo el cuerpo y nos recubren en una danza envolvente. Finalmente entendemos *qué es sentir y saborear* el don de la vida.

Poco a poco la siempre presente e interminable búsqueda del sentido, propósito y fines tranquilizadores para nuestras angustias y dramas existenciales van dando espacio a la suave libertad del abandono y confianza en la providencia divina. En todas las cosas a nuestro alrededor vamos percibiendo la infinidad de milagros que nos cercan. ¿Qué temer ante un Dios que incansablemente cuida cada detalle y realiza esos inúmeros milagros a cada instante? ¿Un Dios que nos permitió vivir y vencer muchos obstáculos hasta aquí? El don de la vida es lo que hay de más extraordinario y como es bueno disfrutar de este don.

Dar el primer paso.

Muchos tienen la impresión de que al hablar de una peregrinación lo importante es la distancia o los muchos kilómetros recorridos. Pero el sentido de peregrinar no es caminar y hacer lo máximo de distancias. Eso sería una competición física. Parafraseando nuestro maestro: “*No es lo que mucho caminamos que sacia, pero sí el sentir y saborear internamente cada paso dado...*” (EE2).

El Camino físico exterior no es más que un medio para abrir la puerta del “camino interior” que conduce al ser humano a descubrirse como un ser profundo y profundamente amado por el Creador de todas las cosas. El deseo de caminar las largas distancias de una peregrinación es simplemente una forma de representación física que comporta toda la amplitud de este enorme deseo de encuentro con el infinito capaz de nos rellenar.

Para dar el primer paso es necesario comprender que nunca estaremos totalmente preparados para nada en la vida. Tampoco tendremos todas las certezas necesarias. No habrá un momento perfecto para que realicemos lo que nuestro corazón desea. Todo implica en correr algún riesgo. Se puede fracasar. Pero nada acontecerá a menos que intentemos y todo sueño que vale la pena viene acompañado de dificultades. Por lo tanto, da el primer paso. Ponte en marcha. E no desistas.

Aprender con nuestro estado de ánimo:

Aprender a estar consciente de nuestro propio estado de ánimo puede revelarnos mucho sobre el grado de profundidad de nuestra fe. Esa es una experiencia y lección que debemos ampliar para toda nuestra existencia, ya que el Dios que nos acompaña en la peregrinación es el mismo que nos acompaña en nuestra peregrinación también en la vida cotidiana.

En muchos momentos del camino es posible experimentar una actitud de serenidad y suave alegría, una confiada esperanza que reposa en la providencia de Dios y donde todo que nos acontece parece estar de acuerdo con sus designios. Si todo nos va bien por el camino, el clima es favorable, caminamos sin dolor, la alimentación es sabrosa, el paisaje es inspirador, de todos modos, contribuye para que conservemos un estado de contentamiento y paz, agradecemos por el don de la fe y parece fácil hallar a Dios en todas las cosas. Nos sentimos consolados.

Pero hay días con dificultades, y muchas de ellas surgen inesperadamente, como unas ampollas en los pies, los zapatos que se estropean, el albergue que no ofrece comodidad, un día de lluvia duradera, el encuentro con otro peregrino que nos parece diferente, etc. No siempre conseguimos mantener en nosotros esta suave alegría y paz. Pero es común a todos los peregrinos que estén abiertos y confíen que

nada en el camino acontece por casualidad. Es hora de observar qué se mueve en nuestro interior, y esta mirada generalmente nos lleva al encuentro con nuestros afectos desordenados. Es el momento adecuado para fortalecer nuestra fe y aprender a oír nuestras mociones interiores.

Pueden surgir días en que enfrentamos dificultades mucho más grandes y situaciones que colocan a prueba nuestra fe. Días de aridez y profunda monotonía, donde todo el sentido de esta fatigante jornada parece cuestionar nuestro grado de sanidad y lógica. Días en que Dios parece haberse escondido. Líneas monótonas y áridas nos llenan de angustia haciéndonos procurar a todo instante alguna señal en el horizonte de que la etapa se está concluyendo, pero la única cosa que se ve adelante es la sequía de el paisaje y nubes de calor que se levantan del suelo pedregoso. No hay una única hoja o sombra solidaria que nos permita un pequeño descanso. Son días para averiguar cuánto nuestra fe está arraigada como también es real nuestra fiel disposición en seguir el Señor.

Percepción de la Presencia de Dios:

La capacidad de percibir la presencia divina, ver a Dios en todo y en todas las cosas puede ser usada como un indicador del silencio interior que conseguimos atingir.

La presencia de Dios se hace evidente cuando hacemos silencio interior. Los sentidos parecen abrirse y ganan elevados incrementos de sensibilidad. La belleza se patenta en la creación, objetos, criaturas y las situaciones parecen revestidas de una cierta sacralidad, hay una claridad mental. Comprensiones espontáneas del sentido de muchos acontecimientos de nuestra vida son frecuentes y nos iluminan.

De hecho, Dios está siempre presente (*Hc 17,28*) pero nuestros pensamientos generalmente actúan como grandes olas que se rompen en un vaivén ensordecedor que no nos permite escuchar nuestras voces interiores.

Durante el período en el que me preparaba para realizar la peregrinación, algunas personas me preguntaban si no me daba miedo perderme, herirme, si no había nadie próximo para un posible socorro, si temía no concluir los kilómetros del camino etc... Nada de lo mencionado me daba miedo. Pero, yo sentía un miedo muy concreto: Miedo del Silencio. De lo que me gritaría.

Si embargo, el silencio fue como una melodía repleta de armonía, regida por un maestro creativo que sacaba provecho de todo alrededor para a cada paso revelar un poco mas de quién yo era y de su inmenso amor. El silencio es el idioma de Dios.



Etapa 23 – Montaña de Montserrat – Foto Helen Novaes

La Santa Indiferencia:

La santa indiferencia y la capacidad de vivirla es el indicador de nuestro grado de abandono y confianza en la voluntad divina. Es una no preocupación saludable de quien sabe estar siendo cuidado y protegido por la presencia celosa de Dios en cualquier circunstancia. Indiferencia no es un estado de no preocupación irresponsable, sino una actitud activa y responsable. Es la consciencia de adoptar una conducta que realiza todo que es tu deber en cada situación.

Salir para peregrinar no es necesariamente salir sin destino, sin objetivos, de forma imprudente e inconsecuente creyendo que Dios se responsabilizará por toda la conclusión de nuestra trayectoria. Así como en la vida, somos nosotros mismos los responsables por las elecciones que hacemos y de ellas viene la mayoría de los resultados que obtenemos. Sin embargo, no es raro atribuir como responsabilidad y “voluntad de Dios” muchos de los resultados que obtenemos, especialmente los dolorosos o las situaciones de fracaso. Lo que es necesario comprender, es que, aunque los fracasos y sufrimientos ocurran, no son necesariamente por deseo de Dios; pero Él irá concedernos sacar algún provecho de la situación si estamos abiertos para aprender.

Es un hecho que durante todo el tiempo del camino aprendemos algo si estamos atentos. Lo primordial es aprender a disfrutar la ligereza con la cual la santa indiferencia nos permite vivir. Solo cuando estamos conscientes de haber hecho lo que nos cabe, actuando con nuestro mejor empeño (*Magis*) es que podremos permanecer tranquilos estando conscientes de que, aunque que hagamos todo nuestro mejor, los resultados de las acciones dependen todavía y solamente de Dios, no de nuestros méritos. Todo siempre es gracia.

“Actúa como si todo dependiese de tú, sabiendo bien que, en realidad, todo depende de Dios.” Ignacio de Loyola



Etapa 17 – Pina de Ebro – Foto Helen Novaes

El ejemplo de Ignacio.

Pasar por los locales importantes de la historia de Ignacio, reviendo los hechos de su vida, buceando en su interioridad nos ayuda a percibir quién él realmente era. Este buceo también nos ilumina y ayuda a vernos como realmente somos. Nuestra esencia. Nuestro Yo original. Nuestro rostro sin la armadura de guerrero y sin las mascarillas habituales que utilizamos y que por veces de tan adheridas acaban por confundir a nosotros mismos sobre quién realmente somos.

Para muchos Ignacio fue siempre un guerrero que supo conducir la orden que fundó utilizando de la disciplina y organización que aprendió de su experiencia militar. Otros prefieren verlo como el maestro espiritual cuyo libro de métodos se transformó en referencia para el desarrollo de la espiritualidad cristiana. Pero a medida que caminamos con él la imagen de este hombre, objetivo, pragmático y racional abre espacio para revelarnos un hombre de oración, contemplativo, de profunda sensibilidad espiritual que se ablandaba hasta las lágrimas al ver el cielo estrellado y que dialogaba cariñosamente con las flores cuyo encanto lo deslumbraba. Él nos inspira y nos ayuda a valientemente dejarnos ser revelados a través de los ojos de Dios sobre nosotros mismos.

La forma como él adquirió un refinado conocimiento de sí mismo capaz de reconocer la malicia del pecado y todo lo que le alejaba de Dios (EE 63); como saboreando internamente las cosas espirituales (EE 2) fue ganando el conocimiento interno de Cristo (EE 104) y también el conocimiento de todo don que viene de Dios (EE 233); si no nos transforma, por lo menos nos hace encontrar inspiración para toda nuestra vida. Con su entrega, cambio y osadía, Ignacio fue capaz de cambiar el mundo. Con esta constatación me fui acercando de lo que él quería decir cuando hablaba: *“Nadie sabe qué Dios haría de nosotros, si no nos opusiéramos tantos obstáculos a su gracia”*.



Etapa 2 Camino Ignaciano - Alto del Monte Arriurdin

¿Razones para peregrinar el Camino Ignaciano?

Todavía es pequeño el número de personas que saben de la existencia del Camino Ignaciano en España. Este es el camino que Ignacio de Loyola recorrió cuando salió de su casa en Loyola en el País Vasco (Euskadi) en peregrinación hasta Jerusalén pero que acabó teniendo una parada prolongada y estratégica de 11 meses en Manresa próximo a Barcelona en Cataluña. Esta peregrinación cambió su vida y transformó también el mundo.

El trayecto recién recreado, proporciona a los actuales peregrinos el privilegio de rehacer uno de los viajes a pie más importantes de la historia de la humanidad. Seguir los pasos de Ignacio, visitar los lugares que marcaron su historia de conversión y la transformación personal de un caballero y soldado en un santo, nos permite bucear en los sueños e indagaciones que lo impulsaron instigándonos a hacer lo mismo con nosotros.

Decir que la peregrinación de Ignacio cambió el mundo a principio puede parecer una afirmación demasiado pretenciosa o poco modesta; pero es una realidad comprobada en primera instancia por los millares de personas que ya hicieron y están haciendo en este exacto momento los Ejercicios Espirituales de Sto. Ignacio de Loyola. Ejercicios cuyo origen se dio en esta peregrinación y que, hasta hoy, 500 años después, continúan perpetuándose a través de centenas de centros de espiritualidad y casas de retiros existentes en todo el planeta. Para justificar aún más esa afirmación que no es extravagante; basta con resaltar que los Ejercicios no son el único fruto de esta peregrinación. Este viaje también fue el primer paso hasta la fundación de la Compañía de Jesús, más conocida como orden de los Jesuitas. En el curso de la historia los Jesuitas contribuyeron significativamente en diferentes campos desde la astronomía, sismología, matemáticas y tecnologías hasta la invención del alfabeto vietnamita y fundación de una de las mayores ciudades del mundo: São Paulo. Participaron también en la negociación del trazado de la frontera entre Rusia y China entre muchas otras cosas que afectaron el desarrollo social, cultural y tecnológico de la humanidad. Hasta hoy la orden creada por Ignacio está presente en más de 100 países sirviendo a innumerables causas sociales, especialmente la Educación.

Por suerte de la humanidad, Ignacio no guardó para sí las ideas que tuvo en Manresa y ni abandonó toda la ardua trayectoria que tuvo que recorrer para alcanzar una nueva comprensión de sí mismo. Pasó por un gran trauma personal y grandes sufrimientos, así como por grandes alegrías. Su genialidad estuvo en la capacidad de traducir su propio itinerario hasta la iluminación en una serie de ejercicios que cualquier uno de nosotros puede hacer.

Si la peregrinación de Ignacio cambió el mundo, también la nuestra lo hará en mayor o menor medida. Su peregrinación lo ayudó a comprender a sí mismo de una manera mucho más profunda y a perfilar la dirección futura de su vida y lo mismo ocurre con todos los que se proponen a peregrinar.



Etapa 21 – Cervera Fotos Helen Novaes

El **Camino Ignaciano** reúne atributos excepcionales tales como: Belleza natural, curiosidades históricas, posibilidad de una inmersión en la cultura española y contacto con su pueblo, disfrutar de exquisita gastronomía, superar retos físicos y, finalmente, vivir una gran aventura repleta de emociones que nos proporcionan una experiencia transformadora.

Pero para más allá de todos esos atributos que lo aproximan de un trayecto de turismo religioso; el **Camino Ignaciano** es la mejor opción para aquellos cuya motivación para peregrinar es sentida como una llamada para ir afuera, experimentar las incertidumbres, sentir el valor de asumir el presente desde el propio pasado e iniciar un nuevo futuro. Es esta la diferencia entre ser un turista religioso y un peregrino.

Para aquellos que realmente hacen la peregrinación de forma consciente, que la viven con intensidad y decididamente entran en ella con un alma repleta de generosidad y liberalidad como nos pide Ignacio en la entrada a los EEs; la libertad alcanzada de hecho va a ser experimentada en nuestro interior, así como va a expandirse y desdoblarse en una repercusión externa de servicio y donación al otro.

El Camino se transforma en una eterna metáfora de la propia vida y va a continuar movilizando en nuestro cotidiano las diversas dimensiones que fueron reclutadas durante el recorrido: memoria, sentimientos y deseos van a mover para siempre nuestras acciones y operaciones.

Que los 500 años de conversión de Ignacio de Loyola continúen a mostrar caminos y a inspirar movimientos internos que provocan cambios y transformaciones que posibiliten construir el Reino de Dios y ver nuevas todas las cosas en Cristo.

¡Buen Camino!



Ve los vídeos resúmenes de mi peregrinación de 2018 en el Camino Ignaciano en mi canal de Youtube:

<https://bitly.com/tHQAD>



Ve la ponencia sobre mi peregrinación en “Encuentros Inacianos” de las Ediciones Loyola y “Rede Servir” del día 12/02/22:

<https://bitly.com/LXwPN>



¿Quieres mi ayuda?

helencpaiva@gmail.com

Para saber más sobre el Camino Ignaciano en España visita el sitio web:

<https://caminoignaciano.org/>

Referencias bibliográficas:

- Guía Del Camino Ignaciano – José Luis Iriberry, SJ 3ª edición
- El Camino Ignaciano – José Luis Iriberry, SJ; Chris Lowney – 2ª edición
- Caminoignaciano.org